

4151-A

CONSIDERACIONES
SOBRE
EL RENACIMIENTO.

DISCURSO

LEIDO EN LA
Academia de Derecho de Jerez de la Frontera

EL 12 DE MARZO DE 1893,

POR SU AUTOR

M. BELLIDO Y GONZALEZ.



JEREZ.

IMPRESA DE «EL GUADALETE,» Á CARGO DE J. PAREJA,

CALLE COMPÁS, NÚMERO 2.

1893.

CONSIDERACIONES
SOBRE
EL RENACIMIENTO.

DISCURSO

LEIDO EN LA

Academia de Derecho

DE

JEREZ DE LA FRONTERA,

EL 12 DE MARZO DE 1893,

POR SU AUTOR

M. BELLIDO Y GONZALEZ.



JEREZ.

IMPRESA DE «EL GUADALETE,» Á CARGO DE J. PAREJA,

CALE COMPÁS, NÚMERO 2.

1893.

I.

SEÑORES :

Con harto pesar mio voy á quebrantar una especie de costumbre establecida en esta docta Academia, cual es el que las conferencias sean habladas.

Carezco de las condiciones necesarias para la oratoria; mi palabra es rebelde al imperioso mandato de las ideas, negándose á darles forma adecuada.

Ese precioso instrumento, dúctil, sumiso, de fácil manejo para muchos, es para mí dificultad embarazosa y de imposible dominio.

Aquí donde ha resonado el acento elocuente y avasallador de oradores distinguidísimos, donde todos habeis escuchado con embelesante fruicion la mágica armonía de la elocuencia, y visto brotar la palabra, ese verbo del pensamiento, con la grandiosa majestad que el sol se levanta sobre la tierra en los espacios infinitos, aquí vais á sentir hoy las pesadumbres de la lectura y el enojo insoportable que producen las ideas fria y calculadamente unidas, faltas del ardimiento que les presta la fogosa improvisacion.

Dicen los extranjeros que España es el país de los oradores y de los poetas.

Los españoles convienen en que Andalucía, este hermoso rincón de Europa, que sólo es comparable al soñado paraíso de los hijos del Profeta, es una mansión de tan purísimos deleites, de la cual no se pueden sentir las auras, aspirar los perfumes y bañarse en la atmósfera templada por los rayos de su sol espléndido, sin experimentar la fiebre de la inspiración poética y el ardoroso afán de esculpirla en cadenciosos versos, ni estorbar que las palabras broten atropelladas de los labios en torrentes de pasmosa elocuencia.

Pero esto que constituye un envidiable privilegio de esta tierra, mil veces bendita, no es patrimonio de cuantos en ella hemos saludado á la vida con el primer aliento de nuestros labios; sino fortuna de unos pocos, para angustiosa tortura de los exceptuados.

A estos últimos pertenezco por naturaleza, por limitación de facultades creadoras, de que tan brillante gala han hecho los que han enaltecido y dignificado este augusto recinto de la ciencia.

De ahí que haya tenido que apelar, para corresponder á la innegada distinción que hoy me otorga el digno Presidente de esta culta Academia, al trabajo lento y fatigoso de trasladar al papel una á una mis pobres ideas, ordenándolas á imitación del artífice que consume el tiempo y la paciencia, combinando y reuniendo las piezas de caprichoso y artístico mosaico.

Recíbese, pues, como meritorio, no el resultado infructuoso de mi paciente trabajo, sino el esfuerzo pedido á la constancia para cumplir una obligación que juzgo indeclinable.

Reconocida y aceptada esta obligación, me he visto precisado á elegir tema, ó lo que es lo mismo, he tenido

que comparecer ante mi propia insuficiencia, para demandarle los medios necesarios con que solventarla deuda contraída.

De los recursos recibidos, que he logrado aumentar con el tesoro de mi buen deseo, sólo he podido obtener unas ligeras *Consideraciones sobre el Renacimiento*, á que no dudo concedereis benévola y cariñosa acogida.

II.

Designado el *Renacimiento* por tema de estas *Consideraciones* históricas, se nos impone como necesaria su definición real, para que constituya el fundamento de nuestro estudio; pues nunca podremos juzgar con seguro criterio las cosas cuya naturaleza nos es desconocida.

Varias son las definiciones que se dan del *Renacimiento*.

Unos conocen bajo este nombre, el complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió á la invasión de los pueblos del Norte.

Otros consideran el *Renacimiento* intrínsecamente malo, por haber corrompido la renovación de los estudios clásicos á la gran familia cristiana.

Entre ambas escuelas existe otra que establece la distinción entre el verdadero y falso *Renacimiento*, y acepta el modelo pagano, no en cuanto á la tendencia religiosa y social que entraña, sino como modelo digno de imitarse en su forma plástica, como un nuevo molde en el cual debe fundirse la vieja constitución de los

pueblos, torciendo sus ideales antiguos, para crear una nueva filosofía, un nuevo arte, una nueva literatura, distintos de los que informaron á la sociedad pagana.

Admitida como más racional esta última definición, vamos á abordar el objeto de nuestras breves *Consideraciones*, que dividiremos para mayor claridad en los siguientes puntos:

1.º El *Renacimiento* no nació con la caída del Imperio de Oriente.

2.º Que fué falseado por el excesivo culto que recibió en general el paganismo en tiempo de los Médicis, y

3.º Que el verdadero *Renacimiento* tuvo apóstoles y mártires como Savonarola, y artistas que prepararan el triunfo del ideal cristiano, contra las influencias del paganismo oriental y contra la protección que otorgaron á éste los príncipes y grandes de Italia.

* * *

Que el Renacimiento no nació con la caída del Imperio de Oriente, nos lo prueban los siguientes testimonios.

Dice Mr. Matter en su *Historia de las Ciencias morales*, etc., que, «cuando los griegos expulsados de Constantinopla desembarcaron en Italia, la Europa poseía la ciencia del mundo y una civilización verdaderamente tal, fundada en el cristianismo. Los refugiados de Bizancio vinieron á conmover esta obra hasta en sus cimientos.»

El abate Gaume acepta la opinión de Mr. Matter en su magnífica obra *La Revolución*.

Un ilustre publicista español contemporáneo, Don Vicente Ortí y Brull, afirma en su hermoso libro *Italia en el siglo XV*, que «los siglos XIII y XIV son ya siglos de completo Renacimiento en Italia.»

Y aún cuando á ningún autor se le hubiera ocurrido el afirmarlo, nos basta con abrir el gran libro de la historia de aquellos días, que no sabemos si llamar afortunados, y sus gloriosas páginas nos hablarán el lenguaje de la evidencia.

En la segunda mitad del siglo XII, Nicolás de Pisa queda admirado al contemplar un sarcófago griego, cuyas correctas líneas y figuras elegantes, despiertan en su genio de artista el deseo de la imitación, y su buril produce el púlpito de la Catedral de Siena y el sepulcro de Santo Domingo de Guzman en su convento de Bolonia.

Su discípulo Arnolfo di Lapo, se inspira en los modelos de la antigüedad clásica, para erigir templos católicos como Santa María del Fiore en Florencia.

Cimabué, iniciado en los secretos del arte pictórico por los maestros griegos que hizo venir de Constantinopla el Senado de Florencia, dá origen con sus Vírgenes y Santos á la restauración de la pintura en Italia, alejando la atención de sus discípulos, de la hierática rigidez que ostentaban las figuras de los artífices griegos.

Secunda los intentos reformadores de este fervoroso campeón de la escuela cristiana, su discípulo predilecto, Giotto, con sus doce cuadros de la *Vida de Cristo*, y su peregrina *Oración del Huerto*, que como joya inestimable guarda entre sus maravillas el Museo de Florencia.

La filosofía tiene su gran apóstol y reformador en el Ángel de las Escuelas, quien despojando de sus reminiscencias paganas la filosofía aristotélica, la cristianiza, y de ella se vale como del arma más poderosa, para vencer á los enemigos de la Iglesia.

La literatura nace á la vida de la restauración en Rávena, donde apura las amargas tristezas de la pros-

cripcion el génio inmortal de la poesía italiana, el que arrullado por los versos de Virgilio, cruza la laguna Estigia, y llega al lugar del eterno dolor y de la condenacion eterna.

Medio siglo despues, otro génio restaurador de las letras y de la poesía, que de igual modo llora en tiernísimas canciones los desvíos y la muerte de Laura, que descubre en Arezzo manuscritos tan importantes como las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano, las *Cartas familiares* de Ciceron en Verona y las tres primeras *Décadas* de Tito Livio, es coronado en el Capitolio por orden del Senado, con el laurel de la inmortalidad, con el mismo laurel con que ceñían la frente de los poetas paganos, y acude á la Basílica á depositarlo como sagrada ofrenda sobre la tumba de San Pedro.

El *Renacimiento*, pues, existe en los siglos XIII y XIV, y no en balde se llama en literatura período del *Renacimiento*, á aquél en que el mundo literario recibió la maravillosa síntesis de la Edad Media, el astro luminoso que llenó de vivísimos resplandores la Europa, hasta en sus más remotos confines, y que se llamó la *Divina Comedia*.

Pero el *Renacimiento*, como toda grande obra progresiva que por decretos providenciales debe influir en los destinos de la humanidad, necesitaba seguir el camino trazado por el dedo de Dios, hasta conseguir, tras larga série de desenvolvimientos y accidentales trastornos, la perfeccion necesaria para darle permanente estabilidad en el espíritu de la civilizacion moderna.

* * *

Y pasamos á la segunda proposicion.

El Renacimiento fué falseado por el excesivo culto que recibió en general el paganismo, en tiempo de los Médicis.

En las postrimerías del siglo XIV y comienzos del XV, fué cuando se dejó sentir en Florencia el influjo del helenismo bajo las fases artística, filosófica y literaria.

El Senado de Florencia hace venir de Constantinopla artifices de mosaicos para exornar los templos y lujosos palacios de la aristocrática ciudad.

Juan Paleólogo, confía al experto Bessarion de Trebisonda, la mision delicadísima de reunir en una sola las iglesias griega y latina; este sutil diplomático y pensador profundo, ardiente defensor del paganismo en que había nacido, busca los medios de implantar sus ideas en un terreno que la indiferencia ó desprecio de lo antiguo habían suficientemente abonado, y establece su residencia en Roma.

Los musulmanes, que lentamente se iban apoderando del vacilante imperio de Constantinopla, dieron origen á que los griegos orientales, ya atraídos por las magnificencias de la floreciente Italia, ya impulsados por el temor de una próxima catástrofe, apelaran á la vergüenza de la emigracion, antes que sucumbir defendiendo la honra del hogar y la independencia del suelo pátrio.

Bessarion, abre sus brazos protectores á los que llegan, entre los cuales vienen gramáticos como Moscópulo, autor del *Perischedon*; como Crysólaras, cuya ciencia probó én su *Erotematas*; como el famoso Gaza, fundador de la Academia de Ferrara y autor de una gramática griega; como los Láscaris (Juan y Constantino) profundos helenistas y autores de gramáticas griegas, habiendo traducido el primero á Polibio, y fundado en compañía de Budé la célebre biblioteca de Fontainebleau, por orden de Fran-

cisco I; como Jorge Gemisto, llamado por sus contemporáneos el Platon moderno, por sus vastos conocimientos de la filosofía platónica, que explicaba en Florencia con éxito admirable; como Juan Argirópulos, discípulo de la escuela aristotélica y traductor al latín de las obras del gran peripatético.

Con esta pléyade de filósofos y gramáticos, aguijoneados por la necesidad, pues no cuentan con otros recursos que su ciencia, y dispuestos á propagar sus doctrinas, se auxilia Bessarion para realizar sus proyectos.

El astuto diplomático y helenista, comienza por escribir una obra importante, combatiendo á los calumniadores de Platon, y consigue con ella despertar entre los cortesanos y humanistas la afición á los estudios clásicos, y el amor hácia la filosofía platónica.

Pensadores tan célebres por su ciencia como por sus extravíos, son arrastrados por la invasora corriente, llegada de allende el Bósforo; Bracciolini, Leonardo Aretino, Ciriaco de Ancona y otros muchos humanistas cortesanos, cayeron en los traidores lazos del error.

Los estudios clásicos adquieren tal importancia, que el camaldulense Ambrosio de Traversari, encontró en Mántua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabían el griego.

Ficino funda en Florencia la celebrada Academia platónica, donde fecundó la funesta semilla del neo-platonismo, que tanta sangre costó desarraigar de Italia.

Lorenzo de Médicis admite en el trato íntimo de su casa, al célebre profesor de elocuencia griega Angel de Monte Policiano, á quien se atribuye el haber recobrado su perdido esplendor la poesía italiana. Vitorino de Feltre, educa á los hijos de Francisco Gonzaga de Mántua.

Tal fué el entusiasmo que se despertó por las letras, que se cometieron las más estupendas exageraciones.

Roberto de Nápoles dijo una vez á Petrarca: *Me quedaría mejor sin corona que sin letras.*

Leon X concedió indulgencias á los que descubrieran algun libro de Tácito.

Los reyes y los poderosos se disputaban el honor de conceder pensiones á los literatos; elevados puestos, embajadas, cuantas distinciones y cargos podían ser dignos de la más encumbrada nobleza, otros tantos recibían de sus fervientes protectores.

Los príncipes asistían, aconsejados por un sacratísimo deber, á las exequias de los literatos; los pueblos que éstos visitaban, les hacían ostentosos recibimientos.

Cuando murió el jurisconsulto Juan Legnano, se cerraron todas las tiendas en señal de duelo; cuando Accolti recitaba versos, la ciudad se engalanaba como en los días de grandes solemnidades.

Pero observemos, señores, que esta febril predileccion por las letras y sus cultivadores, esta idolatría por el arte y los artistas, eran hijas del orgullo nacional, un lenitivo contra las pesadumbres que agobiaban á aquel pueblo sensual y pervertido, cuyas libertades y pátria independencia, habían sido sacrificadas ante el altar impuro de la depravacion.

De ahí que veamos descender atropellados á aquellos hombres ilustres, desde las alturas donde los elevó el delirio, hasta la honda sima del humillante desprecio.

Las protecciones que se cimentan sobre la vanidad deleznable, son tan efímeras como tornadizo y ruin es el intento que las produce.

Ariosto sólo sabe *tonterías*, segun el cardenal Hipólito.

Pedro de Médicis, entretiene su fastidio, haciendo que Miguel Angel le modele estatuas de nieve; el cardenal Farnesio hace morir de pena con sus insultos desdeñosos al erudito Panvinio; y el duque de Este, contribuyó á que se volviese loco el cantor sublime de la *Jerusalem libertada*.

Corrompido el gusto, prostituidas las costumbres y envilecido el genio por los mismos que lo habían ensalzado y ennoblecido, sólo encuentran placer los poderosos, escuchando las canciones lascivas de Sannázaro, á quien poco antes elogió Leon X por su piedad, y goza con las impudentes chocarrerías y obscenidades licenciosas del Aretino. La proteccion exagerada de los Médicis á los hijos de Bizancio, y el furor con que son acogidas las ideas filosóficas, literarias y artísticas del Imperio de Oriente, han falseado el verdadero espíritu del *Renacimiento*, lanzándolo por los tortuosos senderos del paganismo, que sólo conducen á la desesperacion y á la muerte.

* * *

Decíamos en la tercera proposicion, *que el verdadero Renacimiento tuvo apóstoles y mártires como Savonarola, y artistas que preparan el triunfo del ideal cristiano, contra las influencias del paganismo oriental y contra la proteccion que otorgaron á éste los príncipes y grandes de Italia.*

Delirante, ciega, abrasada por la fiebre de los vicios, espoleada por la ambicion de una gloria ficticia y azotada por los vientos tempestuosos del excepticismo, Italia corre sin freno por el camino de su segura perdicion, cuando nace á la vida en Ferrara en el seno de modesta familia, Jerónimo Savonarola, el hombre más combatido de los tiempos que venimos historiando, como combatidas

fueron siempre las más grandes ideas y discutidos sus más heróicos sostenedores.

Figura superior á su tiempo, dotado de una inteligencia, una fé y una moralidad tan envidiadas como no comprendidas por muchos de sus contemporáneos, traía al mundo una mision altísima que llenar: combatir el mal en sus más hondas raices, difundir la semilla del bien y someterse á las torturas de bárbaro sacrificio; única recompensa que le otorgan los hombres, por el bien que reciben de sus saludables enseñanzas.

Sus libros favoritos son los del Angel de las Escuelas y las Sagradas Escrituras; en ellos bebe la verdadera sabiduría, y fortalece su espíritu contra las persecuciones y el odio de los hombres y contra las adversidades de la suerte.

Aprende á sentir en el regazo de una madre cariñosa, que idolatra en el hijo amado, y se acostumbra á pensar con la *Summa Theológica* de Santo Tomás de Aquino.

Ama la música y la poesía, como un alimento necesario para su alma sensible.

Un dia, compadecido del infortunio de cierta bellísima jóven florentina, expatriada por la tiranía de los Médicis, siente su pecho encendido por la llama de un amor purísimo, que fué rechazado por la orgullosa hija de los Strozzi, y pulsando su laud por última vez, sale de sus labios una cancion tan dulce y melancólica, que en ella parecia exhalarse toda su alma.

Aquella triste melodía se clavó como aguda flecha en el corazon de la cariñosa madre, quien en un transporte intuitivo que sólo á ellas es dado experimentar: ¡Hijo mio, exclamó, este es un anuncio de tu partida!

Y en efecto, al dia siguiente llamaba Jerónimo á las

puertas del convento de Domínicos de Bolonia, deseoso de abrazar la vida monástica y de alejarse de la corrupción del mundo.

En la severa austeridad del claústro, siendo un modelo de sumisión humilde, vivió siete años de penitencia edificante, pasando á Florencia, en cuyo templo de San Márcos dejó una y otra vez oír los acentos de su palabra apostólica, sin que encontrase resonancia entre aquella sociedad incrédula y encenagada en los más torpes vicios.

Vuelto á su celda y á consagrarse á la meditación, pudo escuchar desde su apartado retiro, los *Cantos carnavalescos* escritos por el mismo Lorenzo de Médicis y cantados por jóvenes disolutos; desde allí vió anegadas en llanto á millares de huérfanas y viudas, cuyos bienes habían desaparecido con la detención del *Monte Pio de las Doncellas*; desde allí vió vendidos los más altos puestos de la República, holladas las libertades, las instituciones cristianas escarnecidas por las influencias paganas del *Renacimiento*, mal interpretado y peor dirigido por los humanistas, que rendían ardiente culto á la antigüedad clásica, lo mismo en la forma que en el fondo; allí en el silencio del claústro lloró amargamente, cual Jeremías sobre las hacinadas piedras de la Ciudad cautiva, la catástrofe que se cernía sobre aquella sociedad idólatra y concupiscente; y allí, por último, sintió su alma arrebatada por visiones apocalípticas que le anunciaban un mal cercano y desastroso con que Dios había de castigar tan enormes delitos.

La regeneración se hacía indispensable; el instrumento que Dios elige esta vez para hacer oír á los pervertidos hombres los acentos de su divina cólera, es el oscuro mon-

je dominico, en cuyo corazón arde el fuego de todas las virtudes juntas, y en cuyos labios palpita la persuasión, la evidencia misma.

Elige como Sinaí para fulminar los rayos de su acusación profética, el púlpito de San Márcos de Florencia, donde acuden, avaros de escuchar la palabra de aquel hombre maravilloso, humanistas, políticos, cortesanos, artistas, poetas; todos cuantos de algún prestigio gozan en la República.

La multitud oye atónita aquella palabra de fuego, tiembla ante las terribles predicciones de aquel hombre inspirado por Dios, y se espanta al pensar en los horrores que el porvenir reserva á aquella sociedad, víctima de todos los errores y esclava de los más asquerosos vicios.

La voz de Savonarola adquiere ante la asombrada multitud proporciones inmensurables, y vibra en sus oídos, como debieron vibrar en los oídos del pueblo idólatra los negros vaticinios de Isafas, al prever el ruinoso desmoronamiento del pueblo de Dios.

Recordando en un sermón de Cuaresma el libro de San Juan que habla de los veinticuatro ancianos, dijo que uno de estos se había levantado para anunciar los futuros infortunios de Italia.

«Llegará un día, añadió, en que las ciudades serán presa de enemigos furiosos, se verán los ríos de sangre correr por las calles, las mujeres serán arrebatadas á sus maridos, las vírgenes violadas, los niños estrellados á presencia de sus madres, y el terror reinará por todas partes acompañado del fuego y de la matanza.»

El auditorio quedó aterrado y convencido de que Savonarola era un sér superior, destinado á ejercer poderosa influencia con sus predicaciones.

Hombres eminentes como Pico de la Mirandola, el sábio de más vasta y prodigiosa ilustracion de su siglo, quedaron sometidos al humilde religioso, que sin otras armas que su palabra de fuego y un crucifijo, logró vencerlos y esclavizarlos con el poder avasallador de su profunda sabiduría.

La Italia, corrompida por las corrientes envenenadas del paganismo oriental, comienza la expiacion de su falta, y á sentir los pavorosos síntomas de una catástrofe asoladora.

El trono de los Médicis, de esos protectores decididos y fanatizados con el falso brillo de una civilizacion arruinada, con las seducciones de un arte sin otro ideal que la forma externa y con las argucias de una filosofía sin otro fundamento que el excepticismo, tiembla ante las proféticas palabras de Savonarola, porque levanta tempestades de ódio en la conciencia pública, y esas tempestades conmueven en sus hondos cimientos los poderes seculares y amenazan derrumbar las falseadas instituciones, para que immaculado flote sobre sus polvorientas ruinas el eterno y luminoso ideal cristiano.

Nada, señores, prueba de modo tan elocuente la eficacia de las predicaciones de Savonarola, como la honda tribulacion que produjeron en el ánimo de Lorenzo de Médicis; de aquel soberano que había consumido la existencia, bebiendo el veneno de la lisonja prodigado á manos llenas por sus cortesanos, aturdido con las careajadas de la orgía y manchado con las impurezas del vicio.

Cuando su naturaleza, jóven aún, se hubo agotado con los placeres licenciosos, y en su corazon penetraron las yertas nieves del invierno de la vida, tuvo miedo de comparecer ante Dios con la conciencia entenebreida por

los remordimientos y el corazon vacío de buenas obras, y pensó reconciliarse con el Dios de las misericordias, confesándose con fervoroso recogimiento.

Pero una idea fija se agitaba en su mente, un deseo le punzaba de continuo, y era forzoso satisfacer la última necesidad de su turbado espíritu.

La figura del dominico á quien había escuchado atónito en el púlpito de San Márcos, no se apartaba de su vista; sus palabras, acusadoras como el remordimiento de la conciencia criminal y rectas como la justicia del cielo, resonaban en sus oidos con el poder de una sentencia fulminada por Dios mismo.

Era preciso llamar á aquel monje altivo que había llevado su orgullo hasta despreciar toda amistad con el soberano de Florencia; á aquel que había despedido con destempladas frases á los cinco emisarios que le demandaban moderacion en el púlpito; á aquel que al ser elegido Prior de San Márcos, como alguien le indicara la obligacion que tenía de visitar al jefe de la casa de los Médicis, repuso: «No debo mi eleccion más que á Dios; á Él solo prometo obedecer.»

Savonarola fué llamado, y acudió á fortalecer el alma del moribundo Lorenzo de Médicis, quien confesó humildemente que tenía la conciencia abrumada con el peso de tres enormes delitos: «el saco de Volterra, la incaucion de los capitales del *Monte Pio de las Doncellas* y la sangre vertida despues de la tentativa de los Pazzis.»

¡Dios es bueno! ¡Dios es misericordioso! dijo el dominico, exhortándolo despues á que devolviese lo injustamente arrebatado, y á que tuviese fé viva y absoluta en la misericordia divina.

Las predicaciones del hijo de Santo Domingo de

Guzman habían producido hondísima conmoción en aquella sociedad corrompida, y sus vaticinios comenzaban á cumplirse.

Había predicho la muerte próxima de Lorenzo, y Lorenzo cruzaba arrepentido y pesaroso las puertas de la eternidad á los cuarenta y cuatro años; pronto veremos cumplirse la espantosa catástrofe anunciada en Brescia.

Permitidme, señores, que recuerde con un célebre historiador moderno, algunos de los grandes hombres de aquella época que lo veneraron como á su maestro y como á un santo.

«En cuanto le oyó Juan Pico de la Mirandola, le pareció no existir para él mayor felicidad que la de volverle á oír. Angel Policiano lo adoró como un santo, como un excelente y docto predicador de insigne ciencia; el poeta platónico Benivieni, defendió enérgicamente sus doctrinas contra los ataques de que eran objeto.

El mejor grabado de Juan de la Carniola, representa á este fraile, que reprodujeron también los buriles de Baldini y de Botticelli. Andrés de la Robbia y sus cinco hijos, dieron pruebas de su adhesión á fray Jerónimo; el grande arquitecto Cronaca, *no gustaba hablar más que de él.*

Lorenzo de Credi le dedicó sus castas inspiraciones; fray Benito, célebre miniador, se armó en su favor cuando supo que había caído en poder de los enemigos; después, cuando murió, Botticelli resolvió dejarse morir de hambre, y el pintor Baccio de la Porta se metió fraile, bajo el nombre de fray Bartolomé.»

Mr. Rio, añade, corroborando lo anteriormente expuesto, en su obra *De la poésie chretienne dans son principe, dans sa matiere y dans ses formes*: «No conozco ningun nombre de héroe transmitido á la posteridad con más

imponente séquito de hombres ilustres de todas clases, y cuesta trabajo persuadirse de que se trata de un simple fraile, cuando se enumeran los filósofos, los poetas, los arquitectos, los escultores, los pintores y hasta los grabadores que se le ofrecieron con entusiasmo para ser cada uno según su habilidad, dóciles instrumentos de su gran reforma social.»

Es imposible, señores, hablar de las influencias del *Renacimiento*, sin evocar la gigantesca figura de Savonarola, que de manera tan decisiva y provechosa contribuyó á depurarle de errores, encauzándolo en los reguladores diques de la belleza ideal cristiana.

Al ocuparnos del sublime hijo de Santo Domingo de Guzman, hemos procurado prescindir del religioso, para fijarnos tan sólo en el impugnador de las relajadas costumbres de su tiempo, tanto sociales como artísticas.

Así, que repetiremos con el citado Mr. Rio: «No queremos sino asistir, como amigos del arte y de la poesía cristiana, á la lucha viva, dramática é imponente sostenida por un fraile contra su siglo, á la faz de toda Italia, con objeto de restablecer el reino de Cristo en el corazón, en el espíritu y en la imaginación de los pueblos, y de extender el beneficio de la redención á todas las facultades humanas y á sus producciones.

El enemigo contra quien él combatió con todas las fuerzas de su alma, con todo el poder de su palabra, fué el paganismo, cuyas huellas encontró en todas partes, en las artes bellas como en las costumbres, en las ideas como en los actos, en el claustro como en las escuelas de aquel siglo.»

¡Con qué profunda indignación protestaba el fervoroso monje ante la corruptora invasión del paganismo, siquiera

éste se ocultase bajo las fastuosas vestiduras del arte, ó velado con el oropel de una filosofía positivista y desconsoladora, gérmen destructor de toda semilla cristiana!

Vió que en las Academias se cambiaban los nombres de pila por los del antiguo gentilismo; que en las historias se llamaba hijo de Júpiter á Cristo, á las monjas vestales, diosa á la Virgen María y destino á la Providencia.

Contempló con hondísima tristeza que se inspiraba á la juventud ardorosa veneracion á los héroes paganos y cariño hácia las monstruosidades mitológicas; que las saludables doctrinas de la *Ciudad de Dios* y de la *Summa Theológica*, habian sido sustituidas por las obscenidades de la *Priapea* y del *Ars amatoria* de Ovidio; y que las sutilezas platónicas y aristotélicas gozaban más prestigio que las divinas enseñanzas de la Sagrada Escritura. ¡Qué mucho, señores, que exclamase en un raptó de angustiosa pena, al ver que no encontraban eco sus salvadoras exhortaciones: «¡Desgraciados, desgraciados! ¡Oh Italia, oh Roma! Dice el Señor: os abandonaré á un pueblo que os borrará de la lista de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegan, y la mortandad será tan grande, que los sepultureros gritarán por las calles: ¿Dónde hay muertos? Y el uno llevará á su padre, el otro á su hijo. ¡Oh Roma, te lo repito, haz penitencia! ¡Oh Milan! ¡Oh Venecia!»

Predicciones terribles, sangrientos vaticinios que bien pronto han de cumplirse como providencial castigo, y como medio regenerador de la Italia moderna.

Triste privilegio es el que acompaña á toda regeneracion fundamental de las sociedades, y este es el sacrificio.

Parece como necesario para fecundar la semilla de donde ha de brotar el humano perfeccionamiento, que la tierra en que se deposite, sea regada con sangre.

Sangre de mártires inocentes empaparon el suelo donde germinó para nunca ser agostada la eterna y celestial semilla del cristianismo; vadeando charcos de sangre han conseguido los hombres alzar en triunfo las conquistas de la inteligencia, y poseer el tesoro de sus más preciosas libertades; con sangre regaron las calles de Roma los bárbaros del Norte, para depurar de vicios y maldades á la Ciudad Eterna, y abrirle los dilatados horizontes de una vida perdurable, la vida del espíritu prometida por Jesús en el Gólgota redentor; y con sangre han de verse manchadas de nuevo las calles de la Italia sierva del paganismo, para que se extingan las pesadas sombras de sus errores, y se lave y cauterice la llaga cancerosa de sus vicios.

Pero ese pueblo hambriento anunciado por el monje dominico, que debe sembrar el espanto y la desolacion entre los hombres culpables, no tiene la pureza de costumbres de los ostrogodos, ni la sobriedad de los vándalos y suevos, ni la salvaje ferocidad de las hordas de Atila; es un pueblo, empujado, sí, por la mano castigadora de la Providencia, pero un pueblo civilizado, con los refinamientos de una cultura que le daba sus armas para hacerlo más feroz aún que las bestias; pueblo mercenario, hambriento como los lobos de los Alpes donde acampa casi desnudo, sin más esperanzas que morir en brazos de la desesperacion, ó como vil despojo de la traicion ó la miseria.

Pueblo que trae como jefes á Frondesberg y al Condestable de Borbon, instrumentos humildes de un dominador ambicioso, que á un tiempo ocupa el trono imperial de Alemania y el sólio régio de San Fernando.

Aterido por los hielos alpestres, azotado por vientos

tempestuosos, sin víveres para aliviar las mordeduras del hambre ni ropas con que cubrir las desnudeces del cuerpo, llega á las extendidas llanuras de la Lombardía, y allí desatiende los consejos de sus jefes, no sólo instigado por las necesidades del momento, sino aguijoneado por la impaciencia de entregarse á la rapiña y al saqueo, hasta saciar sus feroces apetitos de riqueza.

Cruza en lo más riguroso del invierno los Apeninos, sin otros jefes que su propia codicia y la voz providencial y secreta que no cesa de repetirle: ¡adelante! ¡adelante!

Frondesberg ha muerto y el Condestable se ha tenido que convertir en simple soldado, antes que ser víctima de las insubordinadas huestes.

El anhelado momento se acerca para aquellos hijos del crimen, y lo ven más próximo cuando tienden sus voraces miradas desde Monte Mario sobre la codiciada presa, que reposa inerme y tranquila, acariciada por las corrientes juguetonas del Tíber.

La Providencia ha dejado de ser elemente para tornarse en justiciera; los vaticinios del perseguido monje van á cumplirse.

Espanto causa, señores, el convertir las miradas al cuadro horroroso que presenta Roma, saqueada por aquella horda de famélicos chacales.

Virgenes violadas, mujeres escarnecidas, tiernos infantes arrebatados del caliente seno de la desolada madre, ancianos ultrajados, altares convertidos en hogueras, templos profanados por los gritos de la orgía y por las blasfemias estúpidas de la embriagada soldadesca, y reliquias, ¡oh! reliquias sagradas ante las cuales doblegaron humildes la rodilla los soldados de Alarico, pisoteadas

con bárbara satisfaccion por soldados cristianos, mil veces más criminales que aquellos fariseos que escupieron á Jesús en el rostro y humedecieron con hiel y vinagre sus divinos labios, que solo habían tenido para sus verdugos palabras de perdon.

Estos no querían reconocer á Cristo como hijo de Dios; pero las tropas del Condestable estaban persuadidas, porque eran cristianas, de los sacrilegios que cometían, de la santidad de las reliquias pisoteadas y de la inviolabilidad del Ministro del Señor, cobardemente asesinado en la plaza pública.

Los anillos no son quitados como lo hicieron los soldados de Anibal á los caballeros romanos, muertos en la sangrienta batalla del lago Trasimeno; sino que para mayor brevedad, se corta el dedo que los lleva; el Obispo de Terrachina, anciano venerable de noventa años, es traído al mercado público con un haz de paja sobre la encanecida cabeza, como si fuese una bestia; un sacerdote que se negó á dar la Sagrada Forma á un asno, fué muerto á puñaladas; los templos se cerraron, y por último, la peste con sus negros horrores vino á completar aquel cuadro de desolacion y de muerte...

Pero apartemos, señores, con repugnancia y con dolor la vista de estas escenas inconcebibles por lo salvajes y sacrilegas, para recrear nuestro fatigado espíritu con las bellezas del arte restaurado, que renace de las humeantes ruinas del muerto paganismo; de ese paganismo, que á semejanza de los desbordamientos del Nilo caudaloso, deja sobre los terrenos inundados el limo fecundo que debe activar la germinacion y el florecimiento de la nueva semilla.

¡Sentémonos un instante en este fresco oasis á reparar

las cansadas fuerzas, y á mitigar la fiebre abrasadora que caldea nuestro cerebro con la memoria de sangrientas luchas, y enciende en nuestro ánimo el fuego de la indignacion y la protesta.

Alcemos los ojos del alma á las regiones misteriosas de lo ideal, y trasladémonos con el pensamiento á los espacios infinitos y luminosos donde bebieron á raudales la inspiracion los grandes maestros, cuyas inmortales producciones están bañadas con rayos de la divina gloria, y animadas con la sonrisa angelical de los querubes.

La primera figura que se alza ante nuestros ojos llena de suave dulzura y rodeada de un nimbo de luz purísima, es el *Divino Rafael*.

Hijo del artista Giovanni Sanzio, nacido bajo el hermoso cielo de Urbino, esclavo de la belleza y del arte á los doce años, y sintiendo bullir en su mente soñadora el fuego sagrado de la inspiracion, consagra toda su actividad y su juvenil entusiasmo á dar forma en el lienzo á las peregrinas creaciones de su vírgen fantasía.

Las *Madonas* del niño Rafael, son celebradas con verdadera admiracion en Urbino y Perusa, donde conoció á su gran maestro Pedro Vanucci, el Peruggino.

Sorprendido de sus dotes artísticas el célebre arquitecto Lazzari Bramante, autor de la Basílica de San Pedro en Roma, lo lleva ante Julio II, protector de los grandes artistas, y el templo del Arte abre de par en par sus doradas puertas, para dar entrada al génio pictórico más eminente del siglo XV.

Roba con su pincel sublime los brillantes colores al iris, las tintas rosadas á la aurora, los resplandores al cielo, el misterio á la inmensidad, para dar vida á su *Virgen de Foligno*, á su maravillosa *Perla* y á su *Transfiguracion*.

No inspira tanto en las grandes catástrofes de la naturaleza, como en las tremendas luchas del espíritu, en el dolor físico como en el moral, en la compasion y el odio, en la crueldad y la mansedumbre, y surgen de su creadora fantasía las terribles escenas del *Incendio del Borgo* y el inmortal *Pasmo de Sicilia*.

Nacido entre las turbulencias que habían falseado el ideal artístico, Rafael no manchó sus divinos pinceles con las negruras del paganismo oriental, ni se dejó seducir por el amor exagerado, entonces imperante, hácia la antigüedad clásica.

Sus *estancias* del Vaticano, que son la obra más completa del egregio pintor, guardan entre sus caprichosos adornos y entre sus áureas filigranas, reminiscencias del gusto bizantino, en las figuras simbólicas y humanas que dan carácter y originalidad á las producciones maravillosas del gran apóstol del Renacimiento artístico. Pero niegan en absoluto el parentesco que se le atribuye con el erótico platicismo de los griegos orientales, cuando se observan una por una las figuras de esos grandiosos frescos, y en ellas se vé la expresion beatífica, el místico arrobamiento, la cética dulzura, en una palabra, la belleza espiritual y angelica del cristianismo.

Rafael, cristiano y clásico, religioso y profano, es el génio del *Renacimiento*, y el que dió verdadero esplendor á la escuela romana, de la que nacieron discípulos como Julio Romano, Clovio, Ramelli, Caravaggio, Primaticcio y el famoso Francisco de Crotona.

Enfrente del Divino Rafael, se alza magnífico y severo, con la imponente majestad de Júpiter olímpico, orlada su varonil cabeza con los rayos esplendorosos del génio y con la verde corona de la inmortalidad, Miguel Angel

Buonarroti, genuina encarnacion de la gloriosa escuela florentina.

Sabe arrancar notas delicadas á la lira del poeta, bellas creaciones al buril del escultor y combinaciones armónicas á la gamma espléndida de los colores.

Miguel Angel, señores, llena con su génio toda una centuria, donde luchan con feroz encono la tendencia plástica y el espiritualismo, la forma externa y el ideal cristiano.

Conciliar ambas escuelas, fundir en una sola la belleza física y la espiritual, unir en estrecho consorcio el clásico paganismo oriental con el misticismo religioso del occidente, hé aquí la gran obra del coloso, cuya memoria perdurable es y será asombro del mundo artístico.

En las bellas desnudeces del Apolo de Belvedere y en las formas lascivas de las estatuas griegas, descubre veneros de inspiracion para su buril, y de él nacen *La Piedad*, *David niño* y *Moisés*; en las grecas, lacerias, profusion de adornos y grandiosidad de los templos de Bizancio, halla el manantial fecundo de donde brotan las tumbas fastuosas de los Médicis y la atrevida cúpula de *San Pedro*, corona inmarcesible colocada sobre la produccion jigantesca de Lazzari Bramante.

Buonarroti, el discípulo predilecto de Ghirlandajo, ha conseguido encauzar con los diques poderosos de su génio, la devastadora corriente del paganismo, nacida entre los hacinados escombros del imperio otomano, y dar vida exuberante al *Renacimiento*, que iluminado por la antorcha inextinguible de la belleza cristiana, debe alumbrar con resplandores eternos los espacios infinitos del Arte.

Sin embargo, este admirable artista, de enérgico

carácter, de corazon entero, de voluntad inflexible ante las exigencias de los cortesanos y poderosos, se siente agobiado y empequeñecido cuando le piden que coloque los partos de su génio en la Capilla Sixtina, junto á los frescos inmortales de Rafael.

Situacion embarazosa y difícil la suya; la rivalidad arrebatada el pincel de sus manos, pero su orgullo de artista le presta potentes bríos; la gloria de Rafael ofusca con sus vivos destellos la frente altiva del maestro florentino, y se llena su alma de mortal angustia al contemplar las obras de su discípulo, y llora ante ellas como César lloró ante la estatua del gran Macedonio y conquistador del Oriente.

En un raptó de emulacion secreta, en un transporte de su alma de artista, iluminada por el misterioso relampagueo de la fantasía, toma las Sagradas Escrituras y el sublime poema del proscrito de Rávena, y huye lejos del ruido del mundo.

La soledad apacible calmará las revueltas tempestades de su alma, y mostrará á su génio creador los manantiales fecundos de donde brotan la inspiracion y la verdadera poesía.

Allí, lisongeadó por el tranquilo silencio, mudo testigo de sus profundas meditaciones, conversa con los Profetas, los Apóstoles y los Patriarcas bíblicos, y visita con el Dante el *Infierno*, el *Purgatorio* y el lugar destinado á los justos.

Vuelve á Roma despues de alimentado su espíritu con tan perfectos modelos, y acude á la Capilla Sixtina, como la abeja laboriosa acudiría á su colmena para depositar el néctar libado de las flores, y hace surgir de sus paredes al conjuro de los pinceles portentosos, el *Juicio Final*,

grandioso poema cuyos cantos debía repetir admirada la humanidad á través de los siglos.

Miguel Angel no deja al abandonar la vida, discípulos dignos de él; sólo perpetúa su memoria y nos indica el tránsito de su génio por el mundo, la imborrable estela de sus maravillosas creaciones.

En vano se esfuerzan sus imitadores por recojer uno solo de los átomos de luz que bañan con profusion las obras del ponderado maestro.

Ni Rovezano, ni Rusticci, ni Contucci, ni aun el mismo Vasari consiguieron acercarse á Buonarroti; sólo el célebre escultor Benvenuto Cellini, ostenta en algunas de sus obras reminiscencias de aquel coloso del Arte.

Simultáneamente y protegido por Ludovico Sforzia, coloca en la opulenta capital de la Lombardía los cimientos de la celebrada escuela milanesa, otro génio eminente, otro artista maravilloso, el inmortal Leonardo de Vinci.

Llamado por Luis el Moro, á quien deleitaban los armoniosos sonidos de la lira, tuvo ocasion de lucir sus raras dotes pulsando este instrumento músico.

No tardaron en convencerse los poderosos milaneses, de que Leonardo había recibido de Dios dones más altos que los de simple instrumentista, quedando sorprendidos al ver la universalidad de sus vastos conocimientos.

Como escultor habilísimo modeló una estatua ecuestre de Francisco Sforzia, profanada por los soldados de Luis XII, cuando éstos cruzaron los Alpes; como pintor, aun se conservan en el refectorio de las Gracias de Milán, los tesoros de su fantasía, la diáfana luz de su profunda inteligencia.

Su *Cenáculo*, obra reputada como inimitable, no sólo se distingue por la pureza del estilo, por la riqueza de los

colores, por la correccion de las líneas y contornos, sino por la parte psicológica; esto es, por la expresion diversa de cada figura, segun el papel que representa en el augusto misterio.

Como físico, se anticipó un siglo á Castelli en la teoría del movimiento de las aguas; á Porta en la descripcion de la cámara oscura; á Maurólico en la explicacion del espectro solar; á Vittelion en la enseñanza de fenómenos ópticos, desconocidos hasta entonces.

Como ingeniero, á él se debe el pensamiento de canalizar el Arno desde Pisa hasta Florencia, obra ejecutada dos siglos despues por Vicente Viviani.

Asombra, señores, el considerar la magnitud jigantesca de esta figura por la multitud de conocimientos que abarca y por la perfeccion con que los posee; figura que se coloca con el poder avasallador de su fantasía y con los destellos vivísimos de su inteligencia privilegiada, en las esferas luminosas donde brillan como estrellas de primera magnitud, el *Divino* Rafael y Miguel Angel.

Hijos de la escuela milanesa, fundada por el discípulo de Verocchio, fueron Francisco Melzi, Andrés Salvi, Juan Antonio Beltraffio, César de Sesto, Bernardino Luino y otros muchos afamados pintores.

Tambien brillaron por sus obras, escultores ornamentistas como Bombaja, Solaro, Agrati, Gaudencio y otra multitud que omito por no fatigar más vuestra atencion.

No quiero terminar esta ojeada rapidísima por los vastos dominios de la pintura de aquellos gloriosos dias, sin antes consagrar un debido recuerdo al eminente artista que realzó la fama y esplendor de la escuela veneciana.

Ticiano Vecelli, el colorista exuberante y originalísimo, que en balde trataron de imitar el pintor cortesano Bordone, Piazza de Lodi y Andrés Schiavone, el más afortunado de cuantos siguieron la escuela del famoso discípulo de Juan Bellini, tal vez hubiera vivido en una humilde medianía, sin la protección del envilecido poeta Pedro Aretino, quien consiguió que Carlos V se fijase en el egregio artista.

Creció su nombre al par que su fortuna, y entonces visitó á España, donde dejó las joyas inestimables suyas que encierra el Museo de Madrid.

No tuvo discípulos, debido á la aspereza de su carácter y falta de paciencia para la enseñanza; pero á su sombra florecieron muchos pintores, entre ellos el dulcísimo, el delicado Pablo Caliari, conocido por el Veronés, cuyo nombre inmortalizaron obras como la pecadora *Magdalena á los piés de Cristo*, *Las bodas de Canaán* y *Jesús entre los publicanos*.

Pablo Veronés sostiene con su brillante colorido el esplendor de la escuela veneciana, más tarde corrompida por el apasionado Tintoretto, no obstante haber escrito en su estudio que los verdaderos artistas deben tener *el dibujo de Miguel Angel y el colorido de Ticiano*.

Basta, señores, con los modelos citados, para convencernos de los nuevos caminos por donde la pintura y la escultura marchan en consecucion del arquetipo eterno de la belleza.

El *Renacimiento* artístico se ha completado, ha conseguido que su obra trascienda á la posteridad, sólo con asistir á las nupcias verificadas en el templo del Arte, entre la correccion de la forma que lisongea y seduce los sentidos, y el ideal que invita á la contemplacion muda

y eleva y transporta nuestro espíritu en brazos de divinos éxtasis.

III.

Voy á terminar; no quiero tener sujeta por más tiempo vuestra benévola atencion entre los hilos de la tosca urdimbre de mi discurso.

Pero antes, permitidme que condense en pocas palabras las ideas fundamentales en que se apoyan estas *Consideraciones*.

Hemos observado que *El Renacimiento* no nació, como la creencia vulgar asegura, á la caída del Imperio de Oriente, sino que vino á la vida en los siglos XIII y XIV; en el Arte, con Nicolás de Pisa, Cimabué y Giotto; en Filosofía, con Santo Tomás, y en Literatura, con Dante y Petrarca.

Hemos visto más tarde, cómo los hijos de Bizancio acuden á Italia atraídos por la benevolencia de sus príncipes hácia el clasicismo pagano, benevolencia que se trocó en furibundo patrocinio á todo lo oriental, á la literatura como al arte, á la filosofía como á las costumbres.

El *Renacimiento*, nacido con tan favorables auspicios á la sombra del cristianismo, tuerce su curso con la exagerada protección de los poderosos al paganismo oriental, y más que un progreso, es el origen de la corrupcion completa de aquella sociedad, que á paso de gigante marcha á su ruinosa disolucion.

Pero como un aviso providencial aparece Savonarola, advirtiendo á los extraviados el camino de perdicion por donde marchan ciegos, haciéndoles notar sus tremendas

faltas y enseñándoles que son precisas para su remedio, la penitencia y la oracion.

Pocos escuchan las proféticas palabras del fervoroso monje, y estos son los humildes.

Los magnates continúan embriagados en los placeres licenciosos, sin cuidarse de las exhortaciones del hijo de Santo Domingo de Guzman, quien en un raptó de sobrenatural videncia, predice la catástrofe que había de sembrar el espanto en Italia.

Con dolor hemos visto cumplirse tan negros vaticinios, y lavarse con sangre las faltas que debieron serlo con las consoladoras dulcedumbres de la oracion.

Hemos contemplado al Arte formar en las filas de este glorioso apostolado, que en defensa del verdadero ideal artístico, esgrime sus armas hasta conseguir el anhelado triunfo.

Sus campeones son Rafael de Urbino, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Ticiano y otros mil héroes esforzados, que ora esgrimiendo el buril, ora los pinceles, trasladan á la piedra y al lienzo las sublimidades del espíritu, expresadas con la correccion de la belleza plástica.

El ideal cristiano se alza victorioso y espléndido en el cielo del Arte, y el *Renacimiento*, depurado de las aberraciones que le introdujo el paganismo oriental, brilla como nuevo sol en las alturas, y difunde sus rayos vivificadores hasta los más ocultos confines del mundo civilizado.

No quiero concluir sin dar antes las más rendidas gracias á este ilustrado concurso, por su tolerante indulgencia para con mi pobrísimo trabajo; al Sr. Presidente y doctos Profesores de este Centro del saber, gala y ornato de la cultura jerezana, y sin suplicar á la juventud que nutre su inteligencia con las saludables doctrinas de es-

tos dignísimos catedráticos, que no olviden las enseñanzas de la *Maestra de la vida*, como llamó á la Historia el más elocuente de los oradores latinos.

Ella nos reproduce en el espejo de sus áureas páginas, la grandeza y ruindad de los hombres, sus vicios y sus virtudes, la marcha del humano progreso á través de los siglos, y nos advierte cómo la Providencia castiga con males atroces los extravíos de las sociedades pervertidas.

Moderando nuestras pasiones y ejercitando nuestras virtudes, podremos conservar en el fiel la balanza del orden social; que así como las capas inferiores de la atmósfera, cuando se enrarecen por falta de oxígeno, tienden por natural impulso á desalojar el espacio que ocupan, en el que se precipitan las ondas de aire puro; del mismo modo en la atmósfera moral, cuando el ambiente se vicia con las impurezas del libertinaje, produce el vacío que necesariamente llenan las ráfagas purísimas de la virtud, para que se mantenga el perfecto equilibrio de la vida social. Este fenómeno que observamos en la naturaleza física, análogo al que se advierte en las esferas del espíritu, nos dá la norma segura á que ajustar nuestras acciones, para que la atmósfera que en la sociedad respiramos, no se enrarezca con los miasmas del vicio, y al producirse el vacío con la degradacion de las clases llamadas por la Providencia á cumplir deberes sacratísimos, tengan que ocuparlo necesariamente otras clases de costumbres más puras, ó tal vez, cumpliéndose el vaticinio de un ilustre Prelado, «el Atila providencial,» que cual exterminador azote, castigará nuestra indiferencia, lavando con sangre nuestras culpas. He dicho.